

VIVIENDO LA REVOLUCIÓN:
CUATRO HOMBRES
 UNA HISTORIA ORAL DE CUBA CONTEMPORÁNEA
 PREFACIOⁱ

Ruth M. Lewis

I

A principios de 1969, a pesar del bloqueo económico de los Estados Unidos sobre Cuba y el antagonismo entre los dos países, mi esposo, Oscar Lewis, contando con mi asistencia y la de otras personas, se puso a trabajar en un proyecto de investigación de tres años en Cuba. No era la primera vez que un profesor universitario norteamericano hacía investigación en la Cuba post-revolucionaria, pero el amplio enfoque del proyecto y el hecho de que se realizase por invitación de Fidel Castro y la Academia de Ciencias Cubana, con la aceptación y la cooperación del Departamento de Estado norteamericano, hizo surgir la curiosidad y la sospecha en ambos lados. Hubo quienes creían que las concesiones especiales del Departamento de Estado para que Oscar viajase cuando quisiera a Cuba sólo podían dignificar que trabajaba para la CIA; otros daban por sentado que era un comunista porque lo había invitado Castro y se le permitía hacer investigación independiente. Cuando, un año y medio después y seis meses antes de la muerte de Oscar, el proyecto fue detenido abruptamente en junio de 1970, hubo muchos rumores e interrogantes. Antes de presentar los resultados del trabajo de campo quisiera, por lo tanto, revisar brevemente los antecedentes del proyecto, por qué y cómo resultó, qué pasó en Cuba y, finalmente, cómo terminó.

Desde el principio mismo de la Revolución, Oscar quiso investigar en Cuba. En su papel de antropólogo y humanista con un interés sostenido por largo tiempo hacia el socialismo, creía que era importante estudiar el proceso revolucionario —la transformación de toda una sociedad, el impacto de las nuevas instituciones y valores culturales con todos los conflictos y esperanzas que engendraban— y registrar estas experiencias en el mismo momento en que estaban sucediendo. Para un científico social familiarizado con su lengua y su cultura, Cuba parecía prometer posibilidades inusitadas para la investigación.

El interés de Oscar por Cuba comenzó en el verano de 1946,ⁱⁱ cuando se le invitó a dar el primer curso de antropología que daba la escuela de Trabajo Social

en la Universidad de La Habana. Como parte de ese curso, él y sus alumnos visitaron Las Yaguas, un tugurio de construcciones precarias en La Habana, e hicieron durante dos meses una encuesta sobre las condiciones sociales y económicas de Melena del Sur, una comunidad azucarera situada a unos 150 kilómetros al sudeste de la Capital. Siempre deseó volver a Cuba para estudiar estas dos comunidades, pero sólo lo pudo hacer quince años más tarde, después de la Revolución.

A comienzos de 1961, cuando los viajes a Cuba (como también a China, Corea del Norte y Vietnam. del Norte) fueron restringidos por el Departamento de Estado Norteamericano, Oscar solicitó un permiso para ir a Cuba durante un periodo determinado y explorar las posibilidades de hacer investigación. Esto sucedió justo antes del ataque de Bahía de Cochinos, en abril, y su solicitud fue, desde luego, rechazada. Sí logró ir ese año a Cuba durante cinco días en agosto, para escribir un artículo para la revista *Harper's*. Con la investigación en mente fue a la central azucarera de Melena del Sur y sintió agrado al ver que algunas familias e informantes que había entrevistado en 1946 todavía lo recordaban y le dieron un cálido recibimiento. También volvió a visitar el tugurio de La Habana y escribió en sus notas que ninguna de las dos comunidades había cambiado físicamente, pero que había nuevos servicios comunales y algunos cambios organizativos que serían interesantes de estudiar. Fue una visita corta y sólo pudo hacer unos pocos acercamientos preliminares en la Universidad y la Academia de Ciencias.

En febrero de 1968 visitó nuevamente Cuba por invitación del Instituto del Libro, la editorial principal de Cuba, que acababa de publicar su estudio sobre *Tepoztlán, un pueblo mexicano*, y preparaba la edición de *Pedro Martínez*. Oscar también llevaba consigo una invitación de la Academia de Ciencias Cubana para hacer estudios de la familia y la comunidad en Cuba. Quería explorar más profundamente esta perspectiva, aunque ya había decidido no entregarse a ese proyecto a menos que la invitación la hiciera directamente el Primer Ministro. En un sistema político con control centralizado y altamente politizado, como el que existía en Cuba, una investigación delicada necesitaría, por lo menos, apoyo y aprobación del más alto nivel para tener algunas posibilidades de éxito. Con esto en la mente, Oscar se reunió con algunos profesores universitarios, con José Llanusa Gobel, miembro por entonces del Comité Central del Partido y Ministro de Educación, con Armando Hart, miembro del Buró Político y, finalmente, con Fidel Castro.

El encuentro con Castro tuvo lugar en la mañana temprano del último día de la estadía de Oscar en un punto predesignado de una carretera en un lugar fuera de La Habana. Castro esperaba en un jeep con otros dos jeeps llenos de guardias armados, y durante las seis horas siguientes llevó a Oscar, a José Llanusa y a otros dos hombres del Ministerio de Agricultura cubano por el campo, mientras hablaban largamente sobre los planes para la reorganización de la agricultura, el mejoramiento de la industria ganadera, los problemas del subdesarrollo y muchos otros tópicos.

Había anochecido cuando el jeep se estacionó ante una pequeña cabaña de madera de pino, una de las casas campestres de Castro. Ahí se les reunieron para cenar Rolando Rodríguez, director del Instituto del Libro, y el doctor René Vallejo, médico personal de Castro y su compañero cercano. El doctor Vallejo fue después bastante importante para el proyecto, no sólo por su interés en él sino porque nos servía como nuestro principal contacto con Fidel Castro. Durante el resto de la noche la conversación se centró en el proyecto de investigación propuesto.

Castro le contó a Oscar que había leído *Los Hijos de Sánchez* y le dijo que era un libro revolucionario, "vale más que 50 000 panfletos políticos". Aparentemente también había leído *La Vida* y estaba familiarizado con los estudios sobre los campesinos de México, India y el concepto de la cultura de la pobreza. Tras discutir *Los Hijos de Sánchez*, dijo: "¿Por qué no vienes y haces investigación como ésa aquí en nuestro país?" No creía, continuó diciendo, que los resultados fuesen útiles directamente a la Revolución, pero sería una contribución importante para la historia cubana el tener datos objetivos de lo que piensa y siente la gente. Dijo que Cuba no tenía ni el tiempo ni el personal para hacer ese estudio y que él estaba convencido de que Oscar haría un trabajo honrado.

Oscar apuntó que algunos mexicanos y puertorriqueños se habían sentido afectados por sus retratos de la vida en las poblaciones marginales y se preguntaba si un estudio parecido que enfocase los problemas internos y la pobreza podría ser aceptable para el gobierno cubano en esta difícil época de transición. Fidel Castro dijo: "Oh, sí, debes venir. Cuba es diferente. No te daremos los malos ratos que los mexicanos te hicieron pasar. Éste es un país socialista y lo único que nos preocupa es que hagas un trabajo honrado." Añadió que no había nada que ocultar, que los cubanos eran un pueblo que gustaba de hablar y no había quejas o reclamaciones que él no hubiera oído. Estuvo de acuerdo, sin embargo, en que se lograría una imagen más equilibrada si se incluían familias que representaran otros sectores de la sociedad. Dijo que para un estudio bien redondeado de los efectos de la Revolución en la vida de la familia cubana, se haría necesario estudiar tanto a los que habían abandonado Cuba como a los que se quedaron. Oscar le explicó que ya había empezado a entrevistar a los miembros de diez familias emigradas en la ciudad de Nueva York.

El doctor Vallejo sugirió entonces que el estudio incluyese algunos millonarios antiguos que se habían quedado en Cuba para ser revolucionarios activos. Castro estuvo de acuerdo y añadió que las prostitutas rehabilitadas también darían para un estudio interesante. Se discutió el asunto de los tipos representativos, como también los métodos y técnicas de la investigación y la necesidad de ser objetivos al reunir los datos. Por lo menos entonces, Castro no asumió la posición que expresaban con frecuencia los círculos izquierdistas latinoamericanos de considerar que no se debía confiar en la investigación social que tenía origen en los países capitalistas, especialmente desde el Proyecto Camelot. Es más, Castro preguntó a Oscar si podría entrenar a un grupo de cubanos en sus métodos de investigación. La respuesta fue positiva, siempre que el grupo fuese reducido.

Finalmente, Oscar dijo que le gustaría llevar a cabo el proyecto de investigación siempre que se le garantizaran algunas condiciones básicas. Éstas eran, en resumen: 1) libertad de investigación, esto es, el derecho de decidir qué y a quién estudiar, sin censura ni intervención del gobierno, incluyendo el derecho de llevar fuera de Cuba las entrevistas grabadas, los manuscritos y otros materiales sin que los leyesen o inspeccionasen; 2) la seguridad de que el gobierno no tomaría represalias ni castigaría a ningún sujeto por cooperar con el estudio, y un reconocimiento de la necesidad de mantener su anonimato; 3) el permiso para traer el equipo y el material necesario y un personal no cubano para ayudar a mantener la confidencialidad y la independencia. Con este fin, el proyecto pagaría por la comida y la renta.

Castro aceptó todo, pero pareció haber sido tomado con la guardia baja por estas condiciones. Puede haber tenido otras ideas sobre las implicaciones de la investigación independiente, porque en un momento dado dijo: "Somos probablemente el único país socialista en el mundo que permitiría hacer tu tipo de estudio con la libertad absoluta que necesitas." El acuerdo fue, desde luego, oral, presenciado por los tres compañeros de Castro: el doctor Vallejo (que murió en agosto de 1969), José Llanusa,ⁱⁱⁱ y Rolando Rodríguez.

Teníamos nuestras propias dudas sobre lo correcto de lo que íbamos a emprender. No teníamos la ilusión de que la libertad, tal como nosotros la entendemos, existía en Cuba, pero sí esperábamos una atmósfera de libertad relativa que nos permitiese trabajar en un nivel que no fuese superficial. Pensábamos que si Fidel Castro, por razones propias, nos garantizaba personalmente la independencia que necesitábamos, el trabajo de campo en Cuba sería factible incluso bajo las condiciones de seguridad prevalecientes. También nos dábamos cuenta que el proyecto podía ser detenido en cualquier momento en que los líderes decidiesen que los cambios en las condiciones internas así lo requerían.

Nunca puso Oscar Lewis por escrito los aspectos éticos de hacer estudios de la familia y de grabar las historias de vida. Sin embargo, dado nuestro interés y lo involucrados que estábamos desde hacía mucho tiempo en ellas, es válido decir que habíamos llegado, por lo menos implícitamente, a la posición de que el conocimiento y las perspectivas que aportaba este tipo de investigación tenían más peso que la invasión consecuente de la privacidad y los riesgos que habían de correr tanto los informadores como nosotros mismos. Aunque creíamos que en Cuba los riesgos serían mayores, no cambiamos nuestra actitud.

Por qué estaba interesado Castro en que se hiciese esta investigación en Cuba y por qué aceptó las garantías que exigimos es un asunto para especular. Nosotros creíamos que había sido un gesto genuino, aunque impulsivo, de su parte, para demostrar que su gobierno no temía revelar los problemas internos y que, al contrario de lo que sucede en otros países socialistas, en Cuba había un cierto clima de libertad de investigación.

Después de su encuentro de doce horas con Castro, Oscar volvió a los Estados Unidos y pidió inmediatamente al Departamento de Estado un permiso especial

para viajar, que recibió con algún retraso. Por alguna razón que sólo podemos adivinar, el gobierno de los Estados Unidos aceptó eliminar temporalmente sus restricciones y el proyecto se hizo una posibilidad. Llevados por el entusiasmo de la investigación y la curiosidad sobre la vida de Cuba, aprovechábamos la oportunidad para ir.

Primero, era necesario reunir fondos para financiar el proyecto. Mucho antes, en 1960, Oscar había pedido sin éxito a la Fundación Ford para que ayudase en la investigación en Cuba, pero en 1968 el directorio de la Fundación votó para aprobar esta investigación y dotó de varias becas ese año para tal propósito. La nuestra era una beca de tres años, que complementaríamos con nuestros propios fondos. Como era importante tener la aceptación del lado cubano, mandamos una carta a través de la Embajada cubana en México en la que informábamos al doctor Vallejo del apoyo de la Fundación Ford. Unos diez días después el doctor Vallejo nos telefoneó desde La Habana a Urbana, Illinois, aprobando el arreglo.

El propósito general de nuestro proyecto en Cuba era estudiar el impacto de una revolución en marcha sobre la vida cotidiana de las familias e individuos que representasen diferentes niveles socioeconómicos en ambientes tanto urbanos como rurales. Al usar la técnica de las autobiografías grabadas en cinta magnética el estudio resultaría, en efecto, una historia oral de Cuba contemporánea y de la Revolución Cubana. También esperábamos observar las organizaciones de masas y las instituciones revolucionarias tal como funcionaban en el nivel local y evaluar, aunque fuese tentativamente, el grado de éxito o fracaso para alcanzar algunas de las metas de la revolución.

El diseño de investigación nos permitía un estudio especial de las familias de los tugurios bajo el gobierno revolucionario, dado nuestro interés por los estudios comparativos de la cultura de la pobreza. Queríamos estudiar, en el contexto de un sistema socialista, la estabilidad o vulnerabilidad relativas que algunas de las características básicas de la cultura de la pobreza presentan al cambio: el matrimonio por consenso, la ilegitimidad, el abandono, la violencia, el autoritarismo, el alcoholismo, las familias matrifocales, la orientación temporal del presente, el fatalismo, y así sucesivamente.

El 20 de febrero de 1969 volamos de la ciudad de México a La Habana llevando unos trescientos cuarenta kilos de equipaje, la mayor parte en equipo: grabadoras de cinta magnética, máquinas de escribir, cámaras, libros, refacciones y artículos de oficina. Teníamos nuestros pasaportes norteamericanos sellados con un "válido para viajar a Cuba", y visados cubanos que obtuvimos en la Embajada cubana de la ciudad de México. Nuestro personal no cubano consistía en una secretaria mecanógrafa, que era de Puerto Rico, y un total de siete asistentes — cuatro norteamericanos, un italiano y dos mexicanos— que se reunieron con nosotros durante el siguiente año y medio.

Debo dejar bien sentado que en Cuba el apoyo a la decisión de Castro relativa al proyecto provino principalmente de algunos de sus allegados, como el Dr. Vallejo, Armando Hart, Haydee Santamaría, heroína de la revolución y presidenta

de la Casa de las Américas, y también del Dr. Antonio Núñez Jiménez, José Llanusa, Argeliers León, Director del Instituto de Etnología y Folklore de la Academia de Ciencias, y de algunos más. Muy pronto después de nuestra llegada nos enteramos de que algunos miembros del Comité Central, de la Dirección de Seguridad cubana, de universitarios jóvenes y otros individuos se oponían firmemente a que un "profesor burgués" extranjero hiciese investigación en Cuba sin supervisión ni restricciones. Tras alguna discusión, se sometieron a Castro, pero aparentemente no miraban con buenos ojos ni a nuestro proyecto ni al hecho de que lo financiara la Fundación Ford.

Mientras íbamos rumbo a La Habana, el gobierno cubano hizo pública su decisión de no cooperar, directa o indirectamente, con organizaciones como la Fundación Ford, que consideraban como agencia de la CIA y del imperialismo norteamericano. Esta decisión fue tomada en parte como respuesta a la presión de un grupo de estudiantes argentinos de izquierda que habían pedido una declaración sobre el asunto de si los marxistas latinoamericanos debían aceptar becas de ayuda que tuvieran su origen en Estados Unidos. La posición tomada por el gobierno cubano hizo que nuestra llegada les resultase embarazosa y les planteó el problema de qué hacer con nosotros. Hubo juntas de alto nivel durante aquellas primeras semanas; en ocasiones nos visitaban el Dr. Vallejo o el comandante Manuel Piñeiro Lozada, jefe de Seguridad y miembro del Comité Central del Partido Comunista, que nos mantenían al tanto de la discusión. Oscar explicó su situación de profesor independiente de la Fundación Ford, declarando que la fuente de ingresos no afectaba de ninguna manera la naturaleza de sus investigaciones o publicaciones. El comandante Piñeiro, por sólo decir uno, se negó a creer que eso fuera posible y aparentemente nunca cambió su punto de vista. Finalmente, sin embargo, se decidió que como la beca no se nos había otorgado directamente a nosotros sino a la Universidad de Illinois, se permitiría que el proyecto continuase como se había planeado.

El trabajo de campo antropológico en Cuba socialista fue una experiencia profundamente singular para nosotros, aunque algunas de las diferencias eran sutiles y no las percibíamos inmediatamente. No podernos considerarlas sistemáticamente aquí, pero al hablar del personal cubano, de los detalles de nuestra forma de vivir, del establecimiento del proyecto como fue, y de algunos de los problemas con que tropezamos indicaremos la naturaleza distintiva de la situación.

Puedo decir abiertamente que no hubo un solo aspecto importante del trabajo de campo que no fuese afectado en algún grado por los grandes cambios sociales de Cuba y, sobre todo, por la presencia ubicua del Estado. En los países no socialistas, los antropólogos que hacen investigación van generalmente por sí solos y, ya sea en un ambiente rural, urbano o selvático, tienen que gastar mucho de su tiempo, energía y fondos para establecerse en el campo. En Cuba, tal independencia resultó

imposible. Aunque tomamos las decisiones básicas sobre qué y a quién estudiar, hubo muchas cosas que no pudimos hacer u obtener por nosotros mismos. Siendo el gobierno la fuente de todos los bienes y servicios, tuvimos inevitablemente que depender de él para obtener cosas materiales como la vivienda y la alimentación. Casi todo hubo que hacerlo por los canales apropiados, un proceso que incluía bastantes demoras burocráticas. Para acelerar los trámites, muchos cubanos utilizan contactos personales informales con los amigos, parientes, asociados, o con cualquiera que quiera ayudarlos. Estas personas, estratégicamente colocadas, se conocen como socios, y el uso que se hace de ellas alcanza tal grado que algunos cubanos dicen burlescamente que su sistema es *socioísmo* en lugar de socialismo.

Para facilitar nuestro trabajo y evitarnos estorbos burocráticos, el gobierno designó a un militante en el que confiaba como responsable del proyecto, para proveer a las necesidades del propio proyecto y su personal y actuar como intermediario nuestro con el gobierno y sus agencias. Nos recibió en el aeropuerto cuando llegamos, nos obtuvo documentos de identificación, boletos de avión, mobiliario, artículos para la oficina, etc. También presentó a Oscar a las autoridades locales de los lugares en donde haríamos los estudios de la comunidad. El responsable era indispensable para el proyecto y sin duda nos hizo posible dedicar la mayor parte de nuestro tiempo y energías a la investigación propiamente tal, con lo que logramos reunir una gran cantidad de datos en muy corto tiempo.

En general, los problemas relacionados con el proyecto se resolvían con rapidez. Había ocasiones, sin embargo, en que por una u otra razón el responsable no era eficaz y entonces Oscar tenía que meterse para intentar resolver el problema. Si hubiese sido más pasivo, o se hubiera dejado intimidar o desanimar, el proyecto se habría hundido o él habría perdido el control. Cuando se presentaba un obstáculo, acudía directamente a José Llanusa (el proyecto estaba bajo la guía del Ministerio de Educación); si eso no resultaba, Oscar no dudaba en acudir a otras personas con posición de autoridad.

Por ejemplo, el Ministerio no nos asignó los tres mecanógrafos que nos habían prometido y las entrevistas grabadas se iban acumulando sin transcribirse, lo que amenazaba con paralizar el proyecto. Oscar acudió a la Unión de Escritores y Artistas cubanos, que le ayudó a localizar una mecanógrafa excelente. Después, alguien de la Embajada mexicana recomendó a otra mecanógrafa. Desgraciadamente, estas mujeres no eran revolucionarias ni trabajaban para el gobierno y se consideraba poco deseable emplearlas. A nuestro responsable sólo le dieron permiso para hacerlo porque no había mecanógrafos que nos pudiera proporcionar el gobierno. Las mujeres cubanas liberadas, nos dijeron, ya no querían ser mecanógrafas (los hombres, aparentemente, nunca lo fueron), y todas las escuelas secretariales habían sido cerradas. Sea esto o no verdad, no pudimos obtener más de una mecanógrafa asignada por el gobierno al proyecto.

Todo lo relativo a establecernos en nuestras viviendas fue resuelto por nuestro responsable y por diversas otras personas que representaban al Ministerio de Educación y al INIT, el Instituto Nacional de la Industria Turística. La gran casa

amueblada que nos rentó el gobierno incluía un equipo de cuatro empleados de gobierno: un cocinero, dos asistentes que trabajaban en turnos, y una mujer encargada de la limpieza; a todos ellos nos sentimos obligados de añadirlos en la lista de salarios del proyecto. Tuvimos un coche con chofer temporalmente hasta que nos llegaron desde Canadá dos coches pequeños que habíamos ordenado. Nos inscribieron en algunas tiendas para diplomáticos donde podíamos comprar comida y otros objetos que no podían alcanzar la mayoría de los cubanos. En resumen, recibimos muchos favores que nos pusieron en una posición privilegiada en comparación con los ciudadanos cubanos. Aunque agradecemos todo esto, siempre tuvimos mucha conciencia de las diferencias en nuestra forma de vida que, así lo creo, pueden haber tenido un efecto negativo en nuestras conversaciones con algunos cubanos.

Para tener una oficina del proyecto y vivienda para el personal no cubano, rentamos otras dos casas. Más tarde, ya que el viaje en autobús público a la casa de los informantes era muy lento, al proyecto se le dotó de un autobús propio, con un chofer de tiempo completo y un permiso para comprar toda la gasolina que necesitábamos, a pesar de la escasez. El gobierno fue igualmente generoso al prestarnos mesas, escritorios y sillas para la oficina, y al dotarnos con papel y otras cosas que no habíamos podido llevar con nosotros.

A pesar de esta cooperación, o quizá por ella, siempre nos preguntábamos sus motivos, como ellos deben haberse preguntado los nuestros, y esta situación creaba algo de tensión. Ya que la amenaza a la seguridad nacional era muy real, sabíamos que el personal del proyecto sería sometido a comprobaciones de seguridad. Dábamos por sentado, por ejemplo, que los que servían en nuestra casa nos observarían y que los teléfonos estarían intervenidos, aunque no tuvimos evidencia de esto hasta el final de nuestra estadía. En todo caso, no teníamos otros motivos que los que habíamos declarado, y no nos sentíamos bajo excesivo escrutinio o entorpecimiento. Si hubo vigilancia se hizo discretamente, y estuvimos en términos amistosos con todo mundo durante nuestra estadía.

Los primeros meses se usaron para entrenar al personal de campo, que consistía por entonces en dos de nuestros propios asistentes y un equipo de diez estudiantes cubanos: cinco hombres y cinco mujeres. Unos meses después llegaron otros seis asistentes que necesitaban entrenamiento, de los Estados Unidos y de México; un año más tarde se nos unió Douglas Butterworth, un antropólogo de la Universidad de Illinois, quien tomó a su cargo la tarea de entrenar a los estudiantes cubanos y supervisar su trabajo de campo.

Mi propio trabajo en el proyecto consistía principalmente en evaluar, editar y organizar las entrevistas transcritas y revisar las traducciones. Hice con frecuencia visitas a las familias que aparecen en Vecinos (el tercer libro de esta serie) y supervisé periódicamente el trabajo que allí realizó nuestro personal. También

entrevisté a otros informantes y grabé sus historias de vida, y, con la asistencia de Olivia Hernández, hice un proyecto piloto de una guardería infantil de Mira-mar.

El acuerdo original de entrenar estudiantes cubanos se hizo con el interés de mantener buenas relaciones con el gobierno y con un deseo real de contribuir al desarrollo de la investigación antropológica en Cuba. El equipo de estudiantes que asignaron al proyecto era, sin embargo, más grande de lo que esperábamos. Queríamos dos o tres graduados universitarios entrenados en ciencias sociales, pero de los diez voluntarios sólo dos habían sido estudiantes universitarios y los otros ocho habían egresado de escuelas normales para maestros. Todos habían tenido experiencia como profesores y sus campos de entrenamiento especial incluían historia, biología y geografía, aunque nada de investigación en ciencias sociales de cualquier tipo.

La edad de los estudiantes cubanos iba de los diecinueve a los veinticinco años. Todos, salvo uno, habían participado en las brigadas de estudiantes-alumnos durante la Campaña de Alfabetización de 1961, y, como otros brigadistas se convirtieron en los "niños mimados de la Revolución", completando su secundaria y la educación avanzada con becas completas y muchos otros privilegios. La mayoría eran miembros de la Juventud Comunista y eran revolucionarios de "patria o muerte", completamente integrados. Se hicieron voluntarios del equipo por "el bien del país" y para mejorar sus habilidades, sin comprender por completo, según admitieron, los objetivos del proyecto.

Entrenar a este grupo en corto tiempo parecía una tarea muy difícil. No creíamos que estos jóvenes, que no tenían familiaridad con las ciencias sociales, y menos con la antropología, y cuya propia educación había sido tan politizada, pudiesen enfrentarse y anotar hechos, y opiniones que pudieran tener implicaciones antigubernistas. Al principio algunos de los estudiantes que hacían trabajo de campo se irritarían con los informantes que se quejasen sobre las malas condiciones de vivienda. Un miembro del equipo llegó a atacar verbalmente a un informante anciano que le dijo que había apoyado a Batista alguna vez. La objetividad como herramienta metodológica no es fácil de aprender, especialmente tan pronto después de una revolución, y desde luego no es una actitud que se apoye en Cuba. Tras seis semanas de lecciones en antropología básica dadas por Oscar, y con unos cuantos meses de entrenamiento adicional y de trabajo de campo haciendo encuestas, entrevistas e historias de vida, la mayor parte del equipo cubano empezó a adquirir una cierta objetividad hacia los informantes.^{iv}

El entrenamiento para el trabajo de campo comenzó con encuestas preliminares de siete unidades habitacionales en las que vivían antiguos residentes del viejo Las Yaguas, que había sido destruido por el gobierno en 1963. Los nuevos asentamientos diferían algo entre sí en cuanto a su grado de integración, por ejemplo, su identificación y compromiso con la Revolución. Oscar, con esto en la mente, quería comparar un asentamiento bien integrado con otro mucho menos integrado. Empezó con un estudio piloto en el proyecto habitacional de Buena Ventura, que era una comunidad muy poco integrada. Las cien familias que vivían

en el conjunto se estudiaron continuamente hasta el final de nuestra estadía en Cuba. El estudio de Bolívar, la comunidad bien integrada, no se pudo terminar, por desgracia, y fue imposible hacer la comparación.

Parte importante del entrenamiento del equipo fue la preparación de cuestionarios para usarse en estudios de comunidad. Había ocho cuestionarios que cubrían datos básicos del contexto, historia del trabajo, educación, nivel de participación, y así sucesivamente. Con ayuda del equipo se suministraron cuestionarios a casi todas las familias de Buena Ventura y después se analizaron. El equipo continuó estudiando otros aspectos de la comunidad y, finalmente, entrevistó a individuos para preparar los estudios de familia.

El trabajo de campo se amplió en otras direcciones para incluir un segmento mayor de la sociedad cubana. Se buscaron para su estudio familias que presentasen distintos niveles socioeconómicos; otras se encontraron por casualidad. Incluso supimos de algunas por sus amigos o parientes. Al cabo de los primeros seis meses hacíamos entrevistas intensas con diez individuos no relacionados y muchos miembros de sus familias. De éstos, se han elegido las historias de vida de cuatro hombres y cuatro mujeres para publicarlas en volúmenes diferentes.

Durante el segundo mes de nuestra estadía en Cuba comenzamos un estudio separado de cinco familias que vivían en un edificio de departamentos del barrio de Miramar, en La Habana. Para comprender cómo funcionaba el sistema de distribución de bienes y servicios a nivel local en la vida diaria y el punto en el cual participaban las familias en la organización masiva, el diseño de investigación incluía un estudio de la manzana y el vecindario. También nos interesaban los niños que vivían en el edificio porque representaban una generación que había crecido bajo la Revolución, pero no pudimos completar este aspecto del estudio antes de que el proyecto fuese detenido. El volumen que se basa en esta pequeña comunidad se relaciona con las vidas pasadas y presentes de las cinco parejas casadas, cómo vinieron de distintas regiones y con diferentes antecedentes socioeconómicos a vivir en Miramar, y cómo se relacionaron entre ellas y con una nueva comunidad.

Toda la parte del proyecto rural, que intentábamos llevar a cabo en Melena del Sur, iba a tener lugar en la segunda mitad de nuestra estadía. Hicimos un viaje preliminar con algunos asistentes cubanos a Melena del Sur para arreglar los asuntos de habitación y renovar los contactos con antiguos informantes. El trabajo de campo iba a comenzar en septiembre de 1970, pero el proyecto terminó antes de esa fecha.

Para explicar el cómo y el porqué del fin del proyecto, es necesario repasar algunos acontecimientos que tenían lugar en Cuba por entonces. El asunto más importante fue la falla para alcanzar la meta de diez millones de toneladas de azúcar y el efecto negativo que este esfuerzo nacional concentrado tuvo sobre el resto de la economía. Esto lo explicó con gran detalle Fidel Castro en su informe sobre la economía cubana del 26 de julio de 1970. El informe era descorazonador y significaba un gran golpe a los líderes y al pueblo cubano.

Según Castro no se había logrado ninguna de las metas anuales de producción -salvo en la pesca, el níquel, la energía eléctrica y los huevos— y en algunas áreas la producción había descendido. El del azúcar era un caso especial porque, aunque la meta no se había alcanzado, la producción de la cosecha, de ocho millones y medio de toneladas, era la mayor alcanzada por Cuba. Se aumentó la ración^ de arroz, pero la dotación de muchos alimentos importantes, así como de bienes y servicios, había decrecido. La vivienda seguía siendo un problema agudo. Castro fue igualmente franco al explicar las fallas de la producción, atribuyéndolas a una larga lista de problemas —las dificultades portuarias y de transportes, los retrasos en la entrega de las importaciones, la escasez de materias primas, problemas monetarios y de mercado, escasez de energía y trabajo, ausentismo, ineficiencia general— y a la ignorancia, el escaso dominio del conocimiento, e incluso al analfabetismo de muchas personas que ocupaban puestos de responsabilidad. Admitió con franqueza su propia responsabilidad y la planteó como producto de la ignorancia y la falta de experiencia.

Además de la gran tensión económica, Fidel Castro y otros líderes cubanos eran objeto de duras críticas por parte de escritores extranjeros, algunos de los cuales simpatizaban con el socialismo. Desde entonces los críticos fueron tachados como enemigos, aunque un poco después, en su discurso del 26 de julio, el propio Castro hizo revelaciones críticas sobre el estado de la economía. Ese día exhortó a la gente para agradecer la crítica vergonzosa aunque viniese del "enemigo". Dijo: "No nos preocupa el enemigo... ¡La vergüenza será bienvenida si sabemos transformar esta culpa en fuerza!..."

Pero a Castro sí le importaba lo que decían sus críticos. Los libros que más le enfurecieron fueron: *Cuba: Est-il Socialiste?*, de Rene Dumont y *Las Guerrillas en el Poder*, de K. S. Karol, publicados a principios de 1970. Dumont, un agrónomo francés, y Karol, un polaco, educado en Rusia y periodista parisino, habían sido invitados a Cuba por Castro y, en alguna medida, tuvo que aceptar algo de responsabilidad por ambas publicaciones. Con las perspectivas de que nosotros; hiciésemos otra publicación posiblemente embarazosa a partir de nuestra investigación, era fácil notar cómo Castro cambiaría su actitud y tomaría la posición de aquellos que se opusieron a nuestro proyecto desde el principio.

El 25 de junio de 1970, un día antes de que saliéramos a pasar el verano en Urbana, Oscar recibió una llamada en que le pedían presentarse a la oficina del Dr. Raúl Roa, el Ministro de Relaciones Exteriores. Oscar estaba encantado, ya que quería discutir el estado que tenía entonces la investigación con Fidel Castro y había intentado sin éxito hacer contacto con alguien que le arreglase otra reunión. Desde mediados de abril en adelante resultó imposible comunicarse con nadie, quizá porque estaban preocupados con la cosecha. Oscar supo después, en la oficina del Dr. Roa, que había sido un intento deliberado para aislarnos mientras nos mantenían bajo estrecha vigilancia.

En el despacho del Ministro de Relaciones Exteriores Oscar se sorprendió al ser notificado formalmente por el Dr. Roa de que el Proyecto Cuba, como ellos le

llamaban, había sido suspendido por el gobierno. Se le dieron razones en una lista de infracciones aparentes del contrato original. En resumen, á Oscar se le imputaba aceptar fondos de la Fundación Ford, por contratar mecanógrafas no integradas, y por estudiar a familias de clase media y contrarrevolucionarias en Cuba y Nueva York, así como a miembros del ejército y del Partido Comunista. Había también un cargo de que Oscar era una persona difícil y exigente sobre la que se habían quejado dos miembros no cubanos del equipo a quienes él había pedido que abandonasen el proyecto.

Todo lo que hicimos en Cuba, comenzando por nuestra aceptación de la beca de la Fundación Ford, fue en un terreno abierto y explícito y bien conocido por las autoridades. No sólo habría sido poco hábil de nuestra parte ocultar un movimiento significativo, tal como contratar un empleado, por ejemplo, sino que nos hubiese resultado imposible hacerlo.

Refiriéndonos al acuerdo original, no había ningún sector de la sociedad que no pudiésemos estudiar. Así que no nos estaba prohibido entrevistar a miembros de cualquier rango en el ejército o en el Partido Comunista. Tan es así que, en 1968, Armando Hart había hecho contactos personales con dos miembros dirigentes de provincia del Partido y les había pedido que hablasen abiertamente con Oscar sobre sus vidas. Sin embargo, no hicimos ese estudio, y sólo tenemos datos incidentales sobre el ejército y el Partido que nos dieron informadoras elegidos por otras razones. Por lo que se refiere al ejército, muchos ciudadanos cubanos están involucrados en la defensa de su país y sería difícil encontrar informadores significativos que no mencionasen esta experiencia en algún momento.

La única familia contrarrevolucionaria a la cual se pueden referir los cargos era la familia X, a la que conocimos cuatro meses antes de terminar nuestra estadía. El señor y la señora X habían leído algunos libros de Oscar y lo buscaron para ofrecerle las historias de sus vidas. El señor X se oponía al gobierno, pero la señora X tenía un conflicto en cuanto a su oposición porque su madre y su hermana eran ardientes revolucionarias. La situación era interesante de estudiar y Oscar empezó inmediatamente a entrevistarlos.

El señor X, supimos, era considerado como *gusano*^v desde la invasión de Bahía de Cochinos en 1961. En ésa fecha estuvo entre los miles que llevaron detenidos al estadio. No hubo cargos contra él y al soltarlo avanzó con éxito constante en su profesión. Fue el único informante que había preguntado sobre la confidencialidad de los materiales y el asunto de su seguridad personal antes de meterse en el estudio. Lo que le explicamos del acuerdo con Fidel Castro, y lo bien que lo había mantenido el gobierno durante el año precedente le dio una seguridad aparente. Tal vez sea más correcto decir que su gran deseo de hablar con alguien lo hizo superar sus dudas.

El señor X expresó una oposición bastante fuerte al sistema, pero hasta donde sabemos nunca hizo nada más activo que quejarse y evitar el trabajo voluntario. Durante las entrevistas criticó a las escaseces, a sus colegas, a la "nueva élite" y a las dificultades de superarse personal y profesionalmente por las restricciones a los

viajes y la falta de revistas extranjeras. Era individualista, materialista, y admiraba a los Estados Unidos, la sociedad de consumo, Nixon, la lucha de Sud Vietnam contra el comunismo, y acusaba a Castro por la ruptura de relaciones entre Cuba y los Estados Unidos.

Conforme avanzaron las entrevistas, el señor X se mostraba cada vez más exaltado y vociferante. Varias veces le dijimos que podría ser peligroso para él grabar la historia de su vida y le pedimos que lo dejase. Coincidió con nosotros sobre el peligro y, aunque generalmente parecía sospechar y había expresado su creencia de que nuestra casa tenía micrófonos ocultos, insistió en seguir.

Durante este tiempo, un oficial de alto rango del gobierno, relacionado con la familia X y con algunas indiscreciones propias que ocultar, supo del estudio, lo vio como una amenaza, y aparentemente decidió que la Seguridad del Ministerio del Interior detuviese todo el proyecto. En Cuba se considera muy importante mantener puras las imágenes de los héroes y de los dirigentes del Gobierno y del Partido, y este simple hecho bien puede haber sido la causa inmediata para terminar con la investigación. Además, en este caso, el comandante Piñeiro, jefe de Seguridad, era amigo estrecho del respectivo oficial.

En otra categoría, había otro cargo que concernía al uso de la valija diplomática de un país extranjero. A fines de octubre de 1969, desde México le mandaron a Oscar un juego de galeradas corregidas de un nuevo libro, cuyo contenido en ningún sentido estaba relacionado con Cuba. Desgraciadamente se perdió en el correo y su editor necesitaba mandarle uno nuevo con urgencia. Dado el bloqueo, el correo entre Cuba y Estados Unidos tomaba de cuatro a seis semanas, lo que hacía imposible coincidir con el programa del impresor. Muy preocupado por esto, una tarde, en una reunión. Oscar le explicó la situación a un miembro del consulado de Israel, quien le dijo que la valija diplomática de su país llegaba de Nueva York una vez por semana. Sin saber que se podía considerar esto como una violación al protocolo, Oscar preguntó si su editor podía enviar las galeradas por la valija; el diplomático israelí aceptó y las galeradas llegaron en pocos días. Se corrigieron y se devolvieron por la misma vía. La valija se volvió a usar después dos o tres veces, para mandar correspondencia personal urgente a Cuba desde los Estados Unidos.

Israel tenía relaciones bastante aceptables con Cuba en 1969-70, y había llevado ahí un par de veces a grupos de asesores técnicos. Sin embargo, Oscar fue acusado de haber usado la valija diplomática de un "país enemigo, capitalista e imperialista", despertando así sospechas sobre sus actividades en Cuba. Toda la transacción se hizo sin intenciones de ocultar algo y se discutió abiertamente por teléfono y en presencia de quienes servían en nuestra casa. En retrospectiva fue, desde luego, una ingenuidad que se debe lamentar y pedir por ella disculpas, pero no demostraba en ningún sentido nada más que falta de experiencia en las reglas diplomáticas. El propio gobierno cubano no debe haberlo tomado muy en serio, pues sólo hizo referencia a ello siete meses después.

No protestamos del derecho del gobierno para cambiar su posición y dar por cerrado el Proyecto Cuba, pero nos desalentaron las razones que se dieron para hacerlo. A Oscar le molestaba pensar en parar cuando la investigación marchaba viento en popa, con un personal mejor entrenado y más eficaz y con el equipo deseoso de empezar la fase rural del estudio. Es cierto, sin embargo, que durante casi dieciséis meses el gobierno había cumplido con las condiciones del acuerdo original y, en muchos aspectos, había cooperado mucho más allá de lo que esperábamos.

Durante ese tiempo ni a nosotros ni a nadie de nuestro personal o a ninguno de los informantes se le interrogó o se le hizo algún acercamiento de cualquier tipo, no se nos impidió ir a ninguna parte o hacer lo que quisiéramos. Entre nosotros hicimos diez viajes a los Estados Unidos, llevándonos de Cuba grabaciones, entrevistas mecanografiadas y copias de todo salvo de algunos planos y cuestionarios que no eran fáciles de transportar. Nunca, al salir, nos abrieron una maleta para inspeccionarla. Siempre nos acompañó al aeropuerto nuestro responsable para cerciorarse de ello. Incluso en la oficina, donde guardábamos copias de muchas aunque no todas las entrevistas en archivos cerrados, nunca nadie, que yo sepa, leyó algo, ni el responsable, ni ningún burócrata del gobierno, ni siquiera los miembros del equipo, que sólo veían su propio material o el que estaba para discusión.

Tras abandonar el despacho del Dr. Roa, a Oscar lo siguieron unos cuantos hombres que se identificaron como agentes de Seguridad del Estado. Ramón de la Paz, nuestro primer responsable y miembro del Partido en el Ministerio de Relaciones Exteriores, estaba con ellos. Entraron y confiscaron todos nuestros manuscritos, entrevistas, cintas, papeles personales, fotografías, y demás cosas. Se llevaron aproximadamente 10,000 páginas, de las cuales sólo teníamos duplicadas la mitad en Estados Unidos. Entre los papeles confiscados estaban todas nuestras copias de las entrevistas hechas en los últimos tres meses con la familia X. Además, se llevaron la única copia de las notas de campo del estudio de Melena del Sur de 1946 y algunos manuscritos sobre México y Puerto Rico. Ignorando las protestas de mi marido y su petición de que se hiciera un inventario de lo que se estaban llevando, se dirigieron a la oficina y la casa de nuestro personal, donde sellaron los archivos y confiscaron otros documentos, incluyendo todos los cuestionarios completados en Buena Ventura, que totalizaron unas 25 000 páginas más.

Esa tarde vino el comandante Manuel Piñeiro, repitió los cargos y los discutió con nosotros por un tiempo bastante largo. Dijo que debíamos recordar que Cuba era un país pequeño cuya seguridad era amenazada constantemente por el imperialismo norteamericano, y que como Oscar nunca rompió sus lazos con la Fundación Ford, cayó bajo sospecha.

Después el comandante nos dijo que los libros de Dumont y Karol habían "irritado" mucho a Fidel y que bajo esas circunstancias las autoridades no podían confiarse con el nuestro. Estaban francamente preocupados por los "datos negativos" que estábamos encontrando en Buena Ventura y la naturaleza

"conflictiva" del estudio de la familia X. Así, Piñeiro se preguntaba si esto debía ser publicado y había decidido examinar todo nuestro material. Oscar protestó con energía y dijo que el comandante estaba cometiendo un grave error. Piñeiro dijo que esperaba que *estuviesen* equivocados, pero que eso lo determinaría el tipo de libros que Oscar escribiese sobre Cuba.

Cuando se fue Piñeiro, Oscar le escribió una carta a Celia Sánchez, secretaria de la Presidencia, miembro del Comité Central, y persona allegada a Castro, pidiendo una audiencia con el Primer Ministro. Unos diez minutos después de ser entregada la carta en su casa, el comandante Piñeiro telefoneó para decir que él había recibido la carta y que era imposible la cita con Castro.

El sábado tuvimos otra visita de Piñeiro. Sus asistentes y él habían leído gran parte del material sobre la familia X, y dijo que estaba, por lo tanto, convencido de que Oscar no era un agente de la CÍA. También expresó su admiración por nuestro método de entrevistar y nuestra paciencia y prolijidad incluso con un sujeto tan poco estimable como "este gusano contrarrevolucionario, el señor X. El interés y la ira de Piñeiro hacia nuestro informador, cuya historia seguía calificando como "conflictiva", era para preocuparse, especialmente dado que el día anterior el señor X nos había dicho que estaba seguro de que lo vigilaban. Cuando le expresamos nuestra preocupación a Piñeiro y le recordamos la promesa-de confidencialidad y tranquilidad para todos nuestros sujetos, nos aseguró que la información no iría más allá porque sus asistentes en la seguridad eran los hombres mejor entrenados en Cuba y estaban dedicados a su trabajo. Nuestros informadores no corrían ningún peligro en ningún sentido, dijo: "Aquí no somos fascistas."

Antes de que el comandante saliese de casa esa tarde, pedimos nuevamente que nos devolvieran el material confiscado y nos dijeron que hiciéramos una lista de lo que necesitábamos con más urgencia. Esa misma tarde nos devolvieron algunos papeles personales y algunos manuscritos que pedimos en la lista, con la promesa de entregarnos otros antes de nuestra salida en la mañana del lunes. La segunda remesa no se hizo, y nuestro socio, Douglas Butterworth, se quedó en Cuba dos semanas más esperando recibirla. Empero, sólo algunos documentos, elegidos al azar por la Seguridad, le fueron entregados justo antes de la fecha en que salió del país.

Rememorando, aparte de los cargos y lo confiscado, se nos trató con mucha calma y moderación. Piñeiro gastó bastante tiempo explicando la acción del gobierno y asegurándonos que él personalmente no deseaba ocasionarnos ningún daño. Sabían, desde luego, que habíamos sacado muchos datos del país y esto era, probablemente, un intento para apaciguarnos. Se nos pidió quedarnos como turistas e incluso nos regalaron unos boletos para volver que tenían validez por un año. Lo que era más importante: el comandante Piñeiro prometió invitarnos a Cuba en septiembre para discutir sobre la devolución del resto de los materiales. Esta promesa nunca la cumplió.

Una semana después de que abandonamos Cuba, supimos por teléfono que el señor X había sido arrestado por comportamiento sospechoso. Temiendo el

arresto, aparentemente, el señor X había abandonado su trabajo y se había ido a vivir, o, como dijo el gobierno, a esconder, en casa de su madre en las afueras de La Habana. Las autoridades negaron que el arresto estuviese relacionado con el proyecto y nadie más conectado con la familia X o con el proyecto fue amenazado en forma alguna.

La noticia del arresto nos afectó profundamente. Nos sentíamos personalmente responsables y estuvimos en contacto por teléfono y correo con la familia X. Para lograr que liberasen al señor X, Oscar hizo un esfuerzo por entrar en contacto con Fidel Castro y otras autoridades, confiando en que si podía explicar la situación personalmente sería capaz de resolver el problema. Al principio Oscar pensó que a Fidel no le habían informado correctamente sobre el proyecto los hombres que lo rodeaban, pero más tarde aceptó que Castro sabía cuanto había sucedido y que él mismo tomó la decisión política de cortar el proyecto.

Sin lograr éxito para liberar al señor X o salvar el proyecto, Oscar murió menos de seis meses después. En abril de 1971, fecha de mi última información confiable, el señor X seguía preso, aunque se esperaba por entonces que pronto obtendría un pase de visita y posiblemente incluso lo liberaran. Lo habían trasladado a una granja prisión donde hacía trabajos de agricultura, principalmente cortar caña. Tenía buena salud; su mujer, que lo iba a ver con regularidad en los días de visita, recibía del gobierno el dinero necesario; sus hijos estaban becados en el colegio.^{vi}

Una carta que recibí de Cuba en 1973 me decía que los miembros del equipo del proyecto participaban en programas de investigación o daban clases todos ellos. Uno estaba realizando una encuesta y otro hacía su doctorado en la Universidad de La Habana.

¿Por qué se detuvo el proyecto de esta manera cuando hubiera sido suficiente pedirnos que nos fuéramos para hacerlo? El motivo obvio, inmediato, era evitar la publicación de los datos, particularmente los de la familia X, no necesariamente por sus declaraciones contra el gobierno, sino para proteger la imagen pública de un líder de alto rango. Nuestras investigaciones previas nos habían mostrado que los estudios de la familia y las historias de vida expresadas incluso por la gente más humilde y menos poderosa se veían como muy peligrosas por quienes estaban sobre ellas. Así fue en México, Puerto Rico, nuestro propio país y ahora, nuevamente, en Cuba. El alcance y la profundidad de los asuntos que se tocan en las autobiografías, la expresión directa o indirecta de opiniones y actitudes en cuestiones de controversia, la referencia a las figuras públicas y los asuntos privados, la participación involuntaria de parientes, amigos, vecinos, y otras personas de las que el informador desea hablar, e incluso el recuento personal de la vida diaria con sus frustraciones, angustias e injusticias sociales, todo ello hace impredecibles y azarosos los datos, a veces con efectos explosivos y repercusiones de largo alcance.

La suspensión del Proyecto Cuba, aunque precipitada por el estudio de la familia X y algunos otros factores, parece haber sido, en parte,, también resultado

de una crisis general de los intelectuales extranjeros ese verano de 1970. La "vuelta" en su actitud, originada en retrocesos económicos serios y en una fuerte crítica de extranjeros simpatizantes del socialismo, ha sido desde entonces la política oficial del Gobierno. En el Primer Congreso de Educación y Cultura de La Habana, del 23 al 30 de abril de 1971, se hizo un fuerte ataque al "colonialismo cultural" y a los críticos extranjeros que supuestamente lo implementaban; la declaración del Congreso decía: "Rechazamos todas las aspiraciones de la mafia de intelectuales burgueses seudoizquierdistas por llegar a ser la conciencia cultural de la sociedad..."^{vii}

Al clausurar el Congreso, Fidel Castro dijo: "Ahora ya lo saben, intelectuales y panfletarios burgueses, agentes de la CIA y de los servicios secretos del imperialismo: ¡No se les permitirá venir a Cuba! tal como no se le permite a la AP y a la UPI. ¡Nuestras puertas permanecerán cerradas indefinidamente, ad infinitum!"^{viii}

En la declaración del Congreso se denunció especialmente al apoliticismo, describiéndolo como "no más que una actitud vergonzante y reaccionaria en el terreno cultural". A esto añadió Fidel Castro en su discurso de clausura: ". . . el valor de las creaciones artísticas y culturales lo determina su utilidad para el pueblo. . . Nuestros estándares son políticos."

A fines de los sesenta muchos miembros del gobierno pensaban ya que las dotes artísticas e intelectuales debían estar al servicio de las necesidades del pueblo y el Estado. Ya en 1969, un año de mucho sacrificio personal para los cubanos, los privilegios y libertades de que gozaba el Proyecto Cuba lo hicieron aparecer como una excepción y posiblemente se convirtió en una amenaza para algunos individuos o, por lo menos, en una fuente de resentimiento y preocupación. El hecho de que la excepción la tuviera un extranjero que venía de un país capitalista y hostil lo hacía más difícil aún de ser aceptado por ellos. En cierto sentido, la posición especial del proyecto ayudó a su fin.

En 1972, en un discurso sobre problemas de seguridad interna, Raúl Castro Ruz, Vice-premier, Ministro del Ejército Revolucionario, y hermano menor de Fidel, se extendió sobre el tema general del "colonialismo cultural" y los extranjeros peligrosos. En este discurso, dos años después de que salimos de Cuba, Oscar, fue retratado, junto con otros más, como agente secreto:

Una parte de los visitantes de países capitalistas —sociólogos, profesores, periodistas, marinos y turistas— suelen ser agentes de información o colaboradores de los servicios enemigos.

Un sociólogo norteamericano, ya fallecido, ligado a la Fundación Ford estableció vínculos con elementos contrarrevolucionarios antes de llegar a Cuba; ya aquí, desarrolló estudios sociológicos, apartándose de los propósitos que había anunciado a las autoridades cubanas. Contó con 327 informantes entre ellos militantes del Partido y la UJC, funcionarios administrativos y miembros de las organizaciones de masas, que inconscientemente brindaron

datos de interés, además de elementos enemigos de la Revolución y antisociales que los brindaron conscientemente. Se valió de entrevistas grabadas, encuestas, conversaciones, informes escritos, folletos y materiales que solicitaba sobre organizaciones políticas, de masas, sistema de educación, datos biográficos de nuestros dirigentes. Y hasta trató sutilmente de obtener datos sobre las FAR y el MININT.

No es éste el único caso de intelectuales que con el pretexto de venir a dar conferencias o de realizar determinados estudios, efectúan espionaje político, económico, social, cultural y militar, valiéndose de su fachada progresista. Y siempre, en sus relaciones aparentan ser muy bondadosos, muy flexibles frente a nuestras dificultades, muy comprensivos sobre las situaciones de nuestro proceso revolucionario, y como hemos dicho en otra ocasión, agasajan con buenas comidas, regalos y bebidas, y en ese clima de confraternidad critican a la Revolución sutilmente, adquieren información y ponderan la sociedad de consumo. Esto ha sido posible, naturalmente, porque se han acercado a compañeros incapaces de ver más allá de las apariencias.^{ix}

Cuando las condiciones con las que se estaba de acuerdo de antemano se vuelven acusaciones, cuando las técnicas de-investigación comunes se llaman espionaje, y cuando el comportamiento social acostumbrado se describe como una fachada para atrapar a los ciudadanos desprevenidos, no queda casi nada para discutir/Resulta claro, a partir de esto y de la suerte de nuestro proyecto, que la libertad necesaria para nuestro tipo amplio y abierto de investigación no es aceptable con los puntos de vista cubanos prevalecientes. Esto no es decir, sin embargo, que otras investigaciones no lograron mejores frutos. De hecho, durante 1965-70 había en Cuba varios individuos de universidades europeas y americanas que hacían estudios de la economía, la educación y la política de vivienda, así como estudios de los Comités de Defensa de la Revolución y los Tribunales Populares. Que yo sepa, ninguna tuvo dificultades con el gobierno. En nuestro caso, cualquiera que haya sido el papel de la personalidad y otros factores, creo que se puede decir que la naturaleza sensitiva de nuestra investigación tuvo mucho que ver con el brusco final del proyecto.

II

Cuando concluyó nuestra estadía en Cuba, teníamos en nuestro poder poco menos de 21 000 páginas transcritas de entrevistas con historias de vida grabadas en cinta, y aproximadamente 3 500 páginas de informes de nuestros asistentes sobre asuntos tales como presupuestos, inventarios materiales, genealogías, impresiones de los informadores y del medio ambiente de la vivienda. Estas 24 500 páginas representaban los datos reunidos en el periodo de trece meses de trabajo de campo activo antes de abril de 1970. Como hemos explicado antes, todo el trabajo hecho

después de esa fecha, y algunos materiales tempranos de los que no había duplicados, lo perdimos.

Tras la muerte de Oscar, decidí publicar las historias de vida y el estudio de Buena Ventura porque han, de hecho, alcanzado hasta un punto limitado los objetivos del diseño de investigación original y pueden contribuir, así lo creo, a una comprensión general de la vida en Cuba contemporánea. En enero de 1971 se comenzó a preparar los materiales para la publicación, con la ayuda de un equipo que incluía un secretario del proyecto, varios asistentes editoriales y traductores.

En septiembre de 1972, Susan M. Rigdon se unió al grupo, para organizar y escribir Vecinos y hacer la difícil tarea de investigar y escribir las notas de pie de página para todos los libros. Además, escribió las introducciones para Cuatro hombres y Cuatro mujeres y compartió conmigo el trabajo de organizar la edición de las historias de vida de los hombres y mujeres que aparecen en ellos.

Parte del material hubo de ser descartado: encuestas, informes inconclusos, historias de casos que eran muy fragmentarias o en las que las identidades de los informantes no se podían ocultar adecuadamente, materiales que habían sido semiconfiscados, y así sucesivamente. Los datos que quedaron se tradujeron, editaron y organizaron para hacer estos volúmenes y algunas otras publicaciones.^x

El proceso de edición de los materiales que forman una historia de Vida es difícil de describir, si es que no imposible, sin entrar en detalles tediosos. En líneas generales seguimos el mismo método usado en Los Hijos de Sánchez y otros estudios de familia. La mayor parte de los cambios que se hizo a los materiales tenían por objeto ocultar identidades, reducir las repeticiones, eliminar las preguntas del investigador y el material no informativo, y dar orden y legibilidad al texto. Como en toda traducción y edición, algo queda para el error y para la expresión del juicio, el gusto y el estilo personal. Aunque intentamos mantener la individualidad de la expresión de cada informante, tuvimos menos éxito con unos que con otros. Muchos informantes eran imprecisos en cuanto a las fechas y el paso del tiempo; los errores obvios en la secuencia de hechos personales se eliminaron, y otros errores factuales importantes se corrigieron en notas de pie de página.

En la edición en español, los informantes están retratados con mayor precisión, considerando que sus historias aparecen en el idioma que las contaron, aunque las entrevistas se editaron de acuerdo con la organización general del texto en inglés. La secuencia del pensamiento que se expresa dentro de cada párrafo es más fiel en relación a las entrevistas originales. La preparación del texto en español también nos dio la oportunidad de corregir errores de traducción y edición que aparecieron en la versión del inglés.

Los diversos estudios llevados a cabo en Cuba se discutirán en la introducción de cada volumen. Quisiéramos hacer aquí algunas observaciones generales que se relacionan con el proyecto como un todo. Hubo, por ejemplo, algunos factores intrínsecos al sistema cubano que influyeron significativamente las relaciones entre los informantes y los investigadores. Uno de esos factores era la dependencia directa del informante cubano en su gobierno para el empleo, la alimentación, la

vivienda y los servicios básicos. Esto marcaba un agudo contraste con-" los países no socialistas, donde nuestros informantes, particularmente los de los barrios pobres, dependían poco del gobierno y recibían escasos beneficios de él. Su dependencia y sus lealtades estaban casi completamente enfocadas en sus familias, que normalmente no estaban en posibilidad de solucionar sus necesidades más apremiantes. Informantes como éstos tenían la tendencia de aceptar a un antropólogo que les mostraba un interés personal en ellos, y a menudo lo veían a él o a ella como una figura benévola que ofrecía una ayuda muy necesaria, les daba apoyo moral y les permitía expresarse. En Cuba no encontramos ninguna necesidad de este tipo de relación de dependencia, y en su totalidad los informantes cubanos demostraron un mayor sentido de seguridad y autorrespeto.

También en Buena Ventura, entre aquellos que crecieron en la cultura de la pobreza encontramos a muchos que eran afirmativos, confiaban en sí mismos, tenían conciencia del tiempo, estaban orientados hacia el trabajo, y pensaban en el porvenir. Exhibieron una lealtad sin precedentes hacia el gobierno, el cual, en efecto, había venido a ser una especie de figura paterna para todos. No necesitaban del antropólogo o de cualquier extraño que les ayudase con sus necesidades básicas, o con dinero, asistencia médica, trabajo o la educación de sus hijos. Aunque la mayoría de nuestros informantes en-Buena Ventura no se puede describir como "integrada" en la Revolución (Oscar estimaba que sólo lo estaba un tercio de ellos), en ninguna parte vimos el grado de alienación, aislamiento, desesperación o marginalidad que habíamos visto entre los muy pobres de otros países. Ya fuese que los cubanos se unían en los sindicatos, comités, u otras organizaciones masivas como simpatizantes o como miembros activos, o aunque no se uniesen, sabían que esos grupos estaban esperándolos y deseosos de aceptarlos, y que se podía tener trabajo con- sólo pedirlo.

Como resultado de sus horarios de trabajo activo y su relativa independencia, los informantes eran menos generosos en Cuba para darnos su tiempo. Con frecuencia, algunos de ellos no podían o no querían hacer o mantener las citas o dar tiempo para entrevistas sin prisas. Lo mismo pasaba con las mujeres, la mayoría de las cuales no tenía trabajo en otra parte pero pasaban largo tiempo en colas y haciendo labores caseras sin los beneficios de aparatos que ahorran trabajo. Pese a todo esto, casi todo el mundo expresó su voluntad de cooperar con nosotros y hubo, de hecho, una resistencia asombrosamente pequeña para responder a las preguntas una vez que la entrevista estaba encarrilada.

Los informantes comprendían que estábamos ahí con el beneplácito de su gobierno y pueden haberse sentido obligados a trabajar con nosotros. Algunos incluso tal vez creyeron que estábamos ahí por un asunto oficial del gobierno, aunque esto no significaba que respondieran bajo coerción o miedo. Más bien diría que debido a su visión positiva del gobierno, la tendencia a identificar así el proyecto les daba a los informantes más confianza en nosotros. Tal respuesta inicial a los investigadores como figuras de autoridad no era privativa de los informantes cubanos, sin embargo, y en la mayoría de los casos, pronto fue reemplazada por

relaciones genuinamente cordiales que permitían establecer un buen lazo de comunicación.

Hubo, desde luego, otros motivos para cooperar con el proyecto, tales como el deseo de explicar la Revolución al mundo exterior o por vanidad u oportunismo personales. El dinero no fue, empero, un motivo y no pagamos a nuestros informantes. La mayoría no tenía gran necesidad de él; y aún más importante; los empleados del gobierno y los estudiantes cubanos del equipo no aprobaban tal compensación e insistían en la pura motivación moral para la participación en el proyecto. Por idéntica razón y también por el efecto posiblemente disruptivo que podía tener sobre el sistema de racionamiento, no era aconsejable dar regalos sustanciales. En la práctica, sin embargo, nosotros sentíamos la necesidad de corresponder de alguna manera y ocasionalmente dimos a los informantes gratificaciones menores, tales como cigarrillos o dulces, y café para compensar el que nos habían servido de sus propias raciones. También expresábamos nuestro agradecimiento cuando volvíamos de los viajes a Estados Unidos trayendo, como muchos visitantes extranjeros, algunas prendas pequeñas de vestir, radios de transistores de bolsillo, linternas, pilas, vitaminas y otras cosas escasas.

A pesar de la escasez de bienes y de la aguda competencia por algunos servicios, muy pocos cubanos nos hacían encargos, ya fuese por cosas materiales o favores. Tres informantes de clase media y amigos pidieron libros o suscripciones a revistas profesionales norteamericanas, y nos solicitaron ayuda otras cuatro veces personas que se sentían perdidas por la ciudad o confundidas por la burocracia. Pidieron ayuda específica para localizar a un psiquiatra y una escuela apropiada para su hijo con problemas. Estas preguntas específicas no representaron problemas, pero en general, dado el acento popular en lo igualitario, era importante evitar buscar un tratamiento especial para los informantes.

Finalmente, ¿era posible conseguir una historia de vida creíble y honrada en Cuba socialista? Siendo el gobierno la fuente principal de premios y castigos, ¿cómo afectaba esto la historia de vida del informante cubano? ¿Sentía él la necesidad de presentarse a sí mismo como "un revolucionario" ó en algún otro papel estereotipado? Estando todo cubano estimulado para ser el "hombre nuevo", esto es, trabajar para el bien común y para las generaciones futuras, para obtener premios morales más que materiales, ¿era ésta la imagen que nosotros intentábamos obtener del informante? ¿Hablaba con lugares comunes o repetía frases que pudiera no entender o creer realmente? ¿Hasta qué medida controlaba lo que decía un informante el miedo de ser tachado de "contrarrevolucionario"? ¿Cómo podíamos saber cuándo era sincero y cuándo no lo era?

Tomando en consideración las limitaciones personales, culturales, sociales y políticas a las que están sujetos los informantes en todas partes, y reconociendo las condiciones especiales que existen en Cuba, creemos que las historias de vida que presentamos aquí, cualesquiera sean sus otras fallas, son tan honradas y reveladoras como las que hemos grabado en cualquier otra parte. Una de las ventajas de una autobiografía larga es que permite emerger la personalidad básica

y la perspectiva del informante, haciendo aparecer por contraste a las inconsistencias o las afirmaciones falsas. Se puede intentar el pensamiento 'deseoso, el engaño o la manipulación, pero son actitudes difíciles de sostener. Al contar sus experiencias vitales personales, los informantes se ven generalmente muy atrapados por sus propias emociones como para estar preocupados por un ocultamiento sistemático o por etiquetas y efectos.

Resulta claro a partir de los textos que nuestros informantes se expresaron sobre una amplia gama de asuntos, e incluso los revolucionarios más ardientes hablaron sobre aquellas cosas que no les gustaban. No importa qué tan prejuiciado o cerrado sea el informante, él o ella lleva al lector a un gran número de individuos, cada uno con su propio punto de vista, sus adaptaciones, conflictos y angustias hacia el pasado, el presente y el futuro, y, así, a un enfoque más amplio y equilibrado de la vida en Cuba.

La mayor parte de las deficiencias del material se derivan no tanto de las condiciones específicas del trabajo de campo o de los informantes en Cuba socialista como del tiempo limitado de que dispusimos. Como no fue posible hacer el número de entrevistas que cada informante requiere, hay variaciones considerables en la longitud, la profundidad y el interés de las diferentes historias de vida. El hecho de que muchas historias cubran toda la vida pese a la abrupta detención del proyecto, se debió a nuestra política de estimular a los informantes para contar su vida en forma más o menos cronológica desde el nacimiento hasta el presente. Sólo entonces revisamos el material para su clarificación y elaboración. Una historia satisfactoria se construye literalmente a partir de preguntas muy específicas en entrevistas sucesivas durante un periodo de meses o incluso años, como en el caso de los estudios de familia mexicanos. Dado un buen informante, hay una relación positiva directa entre el número de entrevistas y la profundidad y calidad de la autobiografía.

La falta de tiempo en el campo también tiene que ver con la ausencia de un estudio comparativo de una comunidad rural y de estudios de familias enteras. Se iniciaron varios estudios de familia, pero no hay ninguna familia a la que se le entrevistaran todos sus miembros. Ya que estos estudios se hicieron para ilustrar cómo funcionan las instituciones revolucionarias en los niveles del vecindario, la familia y la persona, estamos especialmente conscientes de las escasas informaciones que pudimos obtener en esta área.

Los tres volúmenes de esta serie contienen quince historias de vida largas y trece cortas o parciales. El estudio de Buena Ventura aportará datos de encuesta sobre aproximadamente cien familias. Todas estas cuatro fuentes presentan una imagen acumulativa y detallada del impacto de la Revolución en una gran variedad de cubanos. Cada estudio ilustra diferentes aspectos de los grandes cambios sociales, económicos y políticos y los efectos que éstos tuvieron en los informantes individuales y en sus familias, particularmente en la relación entre los antecedentes familiares y los niveles de participación en las principales instituciones revolucionarias.

Las autobiografías son ricas en historia de Cuba, tal como la veían los informantes. Hablaron de la esclavitud, de la lucha de Cuba para independizarse de España, de la penetración política y económica de los Estados Unidos, de sucesos y personajes de importancia pública, de las condiciones que llevaron a la caída de Batista, y de muchos hechos de significación durante y después-de la Revolución. Ya que son muchas las referencias históricas que pueden confundir o ser desconocidas al lector, hemos incluido en los textos un buen número de notas de pie de página, aunque el lector puede encontrarlas molestas. También hemos usado notas para indicar los cambios económicos y sociales significativos que han ocurrido desde 1970.

Se encuentra mucha información a lo largo de estos volúmenes sobre diversos tópicos importantes, tales como la situación de las mujeres y los niños, cambios en las relaciones hombre-mujer, actitudes raciales, vida rural, educación, trabajo, racionamiento, las distintas organizaciones de masas, la Iglesia Católica Romana, las religiones afro-cubanas, las actitudes hacia la Unión Soviética, los Estados Unidos, los dirigentes cubanos, y así sucesivamente. Estos temas son tratados con más detalle en unas autobiografías que en otras, según las experiencias e intereses de los informantes, aunque si se sigue un tema a través de todos los volúmenes, se puede derivar mucha información sobre el asunto.^{xi}

La inclusión en los textos de muchos detalles prosaicos sobre los problemas de la vida diaria (el racionamiento, la compraventa, la administración de la casa) refleja nuestra convicción de que a través de tal información recibimos una más verdadera, es decir, más completa imagen de lo que es vivir bajo condiciones revolucionarias. También es importante apreciar la información en el contexto de los antecedentes del informante y de sus actitudes y desviaciones básicas; lo inclusivo del texto permite mantener la individualidad de cada informante bajo un foco más agudo.

Uno de los objetivos más amplios de toda la investigación que hizo Oscar Lewis era el demostrar el amplio alcance de las variaciones en el comportamiento individual y en la personalidad y en los tipos de familia dentro de cualquier sociedad o comunidad, con la intención de aportar una mejor base para la comparación y la generalización. En 1959 escribió que "mientras más homogénea (y superficial) sea la imagen que obtengamos de una sociedad singularizada, mayor será el contraste con que aparecerá al compararse con otras sociedades. Mientras más sepamos sobre la variedad del comportamiento en cualquier sociedad, mejor percibiremos las semejanzas interculturales así como las semejanzas humanas básicas".^{xii} El uso de historias personales hace eso para Cuba, ayudándonos a apreciar la rica diversidad que hace a ese país diferente de otros sistemas, socialistas o no, así como también nos permite notar lo que es parecido. Nos aleja de la generalización fácil y de pensar en el proceso revolucionario como una experiencia uniforme. Aunque nuestra muestra fue relativamente pequeña y muy cargada hacia el sector de la población menos preparado y con más escaseces, éstos

estudios dan alguna apreciación de lo que significa la Revolución para el pueblo y permiten una comprensión de los obstáculos internos al cambio.

NOTAS:

-
- i Estoy muy agradecida con Susan Rigdon por su ayuda en la redacción de estas palabras preliminares. También quisiera agradecer a Joseph Casagrande, Alan J. Booth, Douglas Butterworth, Elizabeth Kelly Fry, Zunia Henry, Judith Lewis, Gene Lewis y Mitchell Morris por sus sugerencias editoriales. R.M.L.
- ii La fecha de 1947 aparece incorrectamente como la de la visita a Cuba en la introducción a *La Vida*.
- iii En 1970, José Llanusa dejó de ser Ministro de Educación; ahora dirige el proyecto ganadero de Matanzas.
- iv En septiembre de 1969, tras siete meses de trabajo. Oscar le escribió a un colega refiriéndose a los estudiantes cubanos: "...todos ellos ... han llegado al punto en que hacen un aporte real al proyecto."
- v La palabra "gusano" se usa en Cuba para referirse a cualquiera que no apoye la Revolución, desde los opositores pasivos hasta los contrarrevolucionarios activos.
- vi Más tarde supimos que el Señor X había sido sentenciado a 6 años de prisión por atentar "contra la Integridad y la Estabilidad de la Nación". Su sentencia se redujo luego a tres años y finalmente fue liberado después de cumplir con dos años y tres meses.
- vii El texto de la Declaración sobre Educación y Cultura apareció en *Granma Weekly Review*. 9 de mayo de 1971, pp. 5-6.
- viii El texto del discurso de clausura de Castro se reimprimió en *ibid.*, pp. 7-9.
- ix El texto aparece en *Educación*, julio-septiembre, 1972, pp. 21-35. *Educación* es una revista publicada por el Ministerio del Interior en La Habana.
- x Véase Douglas Butterworth, "Grass-Roots Political Organization in Cuba: A Case of the Committees for the Defense of the Revolution", en Wayne A. Cornelius y Felicity Trueblood, comps.: *Latin American Urban Research; Anthropological Perspectives on Latin American Urbanization*, vol. IV, Beverly Hills, Calif., Sale Publications, 1974. Pronto aparecerá también el estudio de la comunidad de Buena Ventura.
- xi Se puede encontrar un resumen de nuestros hallazgos e impresiones sobre éstos y otros tópicos en un epílogo a *Vecinos*.
- xii "Family Dynamics in a Mexican Village", en: *Marriage and Family Living*, agosto de 1959, p. 226.